

y aseo que el vestido antiguo le esté como nuevo, y que con la limpieza, cualquiera cosa que se pusiere le parezca muy bien, y el traje usado y comun cobre de su aseo della no usado ni comun parecer. Porque el gastar en la mujer es contrario de su oficio, y demasiado para su necesidad, y para los antojos vicioso y muy torpe, y negocio infinito que asuela las casas y empobrece á los moradores, y los enlaza en mil trampas, y los abate y envilece por diferentes maneras; y á este mismo propósito es y pertenece lo que se sigue.

§ IV.

De la obligacion que tienen los casados de amarse y descansar en los trabajos mutuamente.

Págole con bien, y no con mal, todos los dias de su vida (1).

Que es decir que ha de estudiar la mujer, no en empeñar á su marido y meterle en enojos y cuidados, sino en librarle dellos y en serle perpétua causa de alegría y descanso. Porque ¿qué vida es la de aquel que ve consumir su patrimonio en los antojos de su mujer, y que sus trabajos todos se los lleva el río, ó por mejor decir, el albañan, y que tomando cada día

(1) Vers. 12.

nuevos censos, y creciendo de continuo sus deudas, vive vil esclavo aherrojado del joyero y del mercader? Dios, cuando quiso casar al hombre, dándole mujer, dijo: «Hagámosle un ayudador su semejante» (1); de donde se entiende que el oficio natural de la mujer y el fin para que Dios la crió es para que sea ayudadora del marido, y no su calamidad y desventura; ayudadora y no destruidora. Para que le alivie de los trabajos que trae consigo la vida casada, y no para que le añada nuevas cargas. Para repartir entre sí los cuidados, y tomar ella su parte, y no para dejarlos todos al miserable, mayores y más acrecentados. Y finalmente, no las crió Dios para que sean rocas donde quiebren los maridos y hagan naufragio las haciendas y vidas, sino para puertos deseados y seguros en que, viniendo á sus casas, reposen y se rehagan de las tormentas de negocios pesadimos que corren fuera dellas. Y así como sería cosa lastimera si aconteciese á un mercader que, despues de haber padescido, navegando, grandes fortunas, y despues de haber doblado muchas puntas, y vencido muchas corrientes, y navegado por muchos lugares no navegados y peligrosos, habiéndole Dios

(1) Genes., cap. 2, v. 18.

librado de todos, y viniendo ya con su nave entera y rica, y él gozoso y alegre para descansar en el puerto, quebrase en él y se anegase; así es lamentable miseria la de los hombres que bracean y forcejan todos los días contra las corrientes de los trabajos y fortunas desta vida, y se vadean en ellas, y en el puerto de sus casas perecen; y les es la guarda destruicion, y el alivio mayor cuidado, y el sosiego olas de tempestad, y el seguro y el abrigo, Scila y Caribdis, y peñasco áspero y duro. Por donde lo justo y lo natural es que cada uno sea aquello mismo para que es; y que la guarda sea guarda, y el descanso paz, y el puerto seguridad, y la mujer dulce y perpétuo refrigerio y alegría de corazón; y como un halago blando que continuamente esté trayendo la mano, y enmohecendo el pecho de su marido, y borrando los cuidados dél; y como dice Salomon: «Hale de pagar bien, y no mal, todos los días de su vida.» Y dice, no sin misterio, que le ha de pagar bien, para que se entienda que no es gracia y liberalidad este negocio, sino justicia y deuda que la mujer al marido debe, y que su naturaleza cargó sobre ella criándola para este oficio, que es agrandar y servir, y alegrar y ayudar en los trabajos de la vida y en la conservacion de la hacienda á aquel con quien

se desposa; y que, como el hombre está obligado al trabajo del adquirir, así la mujer tiene obligacion al conservar y guardar; y que aquesta guarda es como paga y salario que de derecho se debe á aquel servicio y sudor; y que, como él está obligado á llevar las pesadumbres de fuera, así ella le debe sufrir y solazar cuando viene á su casa, sin que ninguna excusa la desobligue. Bien á propósito desto es el ejemplo que San Basilio trae, y lo que acerca dél dice (1). «La víbora, dice, animal ferocísimo entre las sierpes, va diligente á casarse con la lamprea marina; llevada, silba, como dando señas de que está allí, para desta manera atraerla de la mar á que se abraza maridablemente con ella. Obedece la lamprea, y júntase con la ponzoñosa fiera sin miedo. ¿Qué digo en esto? ¿Qué? Que por más áspero y de más fieras condiciones que el marido sea, es necesario que la mujer le soporte, y que no consienta por ninguna ocasion que se divida la paz. ¡Oh que es un verdugo! Pero es tu marido. ¡Es un beodo! (2). Pero el fudo matrimonial le hizo contigo uno. ¡Un áspero, un desapacible! Pero miembro tuyo ya, y miembro el más principal. Y porque el marido oiga lo que le conviene tambien.

(1) In Hexaem., homil. vii, De reptilibus.

(2) Tomado del vino.

La víbora entónces, teniendo respeto al ayuntamiento que hace, aparta de sí su ponzoña, ¿y tú no dejarás la crudeza inhumana de tu natural por honra del matrimonio? Esto es de Basilio. Y demas desto, decir Salomon que la buena casada paga bien, y no mal, á su marido, es avisarle á él que, pues ha de ser paga, lo merezca él primero, tratándola honrada y amorosamente; porque, aunque es verdad que la naturaleza y estado pone obligacion en la casada, como decimos, de mirar por su casa y de alegrar y descuidar continuamente á su marido, de la cual niña mala condicion dél la desobliga; pero no por eso han de pensar ellos que tienen licencia para serles leones y para hacerlas esclavas; ántes, como en todo lo demas es la cabeza el hombre, así todo este trato amoroso y honroso ha de tener principio del marido; porque ha de entender que es compañera suya, ó por mejor decir, parte de su cuerpo, y parte flaca y tierna, y á quien por el mismo caso se debe particular cuidado y regalo. Y esto San Pablo, ó en San Pablo Jesucristo, lo manda así, y usa mandándolo de aquesta misma razon, diciendo: « Vosotros los maridos amad á vuestras mujeres (1), y como á vaso más

(1) Ad ephes., cap. 5, v. 25.

flaco, poned más parte de vuestro cuidado en honrarlas y tratarlas bien. Porque, así como á un vaso rico y bien labrado, si es de vidrio, le rodeamos de vasera (1), y como en el cuerpo vemos que á los miembros más tiernos y más ocasionados para recibir daño, la naturaleza los dotó de mayores defensas, así en la casa á la mujer, como á parte más flaca, se le debe mejor tratamiento. Demas de que el hombre, que es la cordura y el valor, y el seso y el maestro, y todo el buen ejemplo de su casa y familia, ha de haberse con su mujer como quiere que ella se haya con él, y enseñarla con su ejemplo lo que quiere que ella haga con él mismo, haciendo que de su buena manera dél y de su amor aprenda ella á desvelarse en agradarle. Que si el que tiene más seso y corazon más esforzado, y sabe condescender en unas cosas y llevar con paciencia algunas otras, en todo con razon y sin ella, quiere ser impaciente y furioso, ¿qué maravilla es que la flaqueza y el poco saber y el menudo ánimo de la mujer dé en ser desgraciado y penoso? Y áun en esto hay otro mayor inconveniente, que como son pusilánimes las mujeres de su cosecha, y poco inclinadas á las cosas que son de valor, si no las

(1) Funda con que se defiende el vaso.

alientan á ellas cuando son maltratadas y tenidas en poco de sus maridos, pierden el ánimo más y decáenseles las alas del corazon, y no pueden poner ni las manos ni el pensamiento en cosa que buena sea; de donde vienen á cobrar siniestros vilísimos. Y de la manera que el agricultor sabio á las plantas que miran y se inclinan al suelo, y que si las dejasen se tenderían, rasgando por él, no las deja caer, sino con horquillas y estacas (1) que les arrima las endereza y levanta, para que crezcan al cielo, ni más ni ménos el marido cuerdo no ha de oprimir ni envilecer con malas obras y palabras el corazon de la mujer, que es caedizo y apocado de suyo, sino al revés, con amor y con honra la ha de levantar y animar, para que siempre conciba pensamientos honrosos. Y pues la mujer, como arriba dijimos, se dió al hombre para alivio de sus trabajos y para reposo y dulzura y regalo, la misma razon y naturaleza pide que sea tratada dél dulce y regaladamente; porque ¿adó se consiente que desprecie ninguno á su alivio, ni que enoje á su descanso, ni que traiga guerra perpétua y sangrienta con lo que tiene nombre y oficio de paz? O ¿en qué

(1) Horea pequeña que sirve para afianzar ó asegurar alguna cosa en el suelo.

razon se permite que esté ella obligada á pagarle servicio y contento, y que él se desobligue de merecérselo? Pues adúdelo él y páguelo ella porque se lo debe, y aunque no lo deba lo pague; porque cuando él no lo supiere adeudar, lo que debe á Dios y á su oficio, pone sobre ella esta deuda de agradar siempre á su marido, guardando su persona y su casa, y no siéndole, como arriba está dicho, costosa y gastadora, que es la primera de las dos cosas en que, como dijimos, consiste esta guarda. Y contentándonos con lo que della hemos escrito, vengamos ahora á la segunda, que es el ser hacendosa, á lo cual pertenece lo que Salomon añade, diciendo:

§ V.

Por qué se vale el Espíritu Santo de la mujer de un labrador para dechado de las perfectas casadas; y como todas ellas, por más ricas y nobles que sean, deben trabajar y ser hacendosas.

Buscó lana y lino, y obró con el saber de sus manos (1).

No dice que el marido le compró lino para que ella labrase, sino que ella lo buscó. Para mostrar que la primera parte de ser hacendosa es que sea aprovechada, y que de los salvados de su casa y de las

(1) Vers. 13.

cosas que sobran y que parecen perdidas, y de aquello de que no hace cuenta el marido, haga precio ella, para proveerse de lino y de lana, y de las demas cosas que son como éstas, las cuales son como las armas y el campo adonde descubre su virtud la buena mujer. Porque ajuntando su artificio ella, y ayudándolo con la vela é industria suya y de sus criadas, sin hacer nueva costa y como sin sentir, cuando ménos pensáre, hallará su casa abastada y llena de riquezas. Pero dirán por ventura las señoras delicadas de ahora que esta pintura es grosera, y que aquesta casada es mujer de algun labrador que hila y teje, y mujer de estado diferente del suyo, y que así no habla con ellas. A lo cual respondemos que esta casada es el perfecto dechado de todas las casadas, y la medida con quien así las de mayores como las de menores estados se han de ajustar, quanto á cada una le fuere posible; y es como el padron desta virtud, al cual la que más se avecina es más perfecta. Y bastante prueba de ello es que el Espíritu Santo, que nos hizo y nos conoce, queriendo enseñar á la casada su estado, la pinta desta manera. Mas porque quede más entendido, tomemos el agua de su principio y digamos así. Tres maneras de vida son en las que se reparten y á las que se reducen to-

das las maneras de viviendas que hay entre los que viven casados; porque ó labran la tierra, ó se mantienen de algun trato y oficio, ó arriendan sus haciendas á otros y viven ociosos del fruto dellas. Y así, una manera de vida es la de los que labran, y llamémosla vida de labranza; y otra la de los que tratan, y llamémosla vida de contratacion; y la tercera de los que comen de sus tierras, pero labradas con el sudor de los otros, y tenga por nombre vida descansada. A la vida de labranza pertenesce, no sólo el labrador que con un par de bueyes labra su pegujar (1), sino tambien los que con muchas juntas y con copiosa y gruesa familia rompen los campos y apacientan grandes ganados. La otra vida, que dijimos de contratacion, abraza al tratante pobre y al oficial mecánico, y al artífice y al soldado, y finalmente á cualquiera que venda ó su trabajo ó su arte ó su ingenio. La tercera vida, ociosa, el uso la ha hecho propia ahora de los que se llaman nobles y caballeros y señores, los que tienen ó renteros ó vasallos de donde sacan sus rentas. Y si alguno nos preguntare cuál destas tres vidas sea la más perfecta y mejor vida, decimos que la de la labranza es la primera y la verdadera; y que las

(1) Corta porcion de siembra.

demas dos, por la parte que se avecinan con ella y en cuanto le parecen, son buenas, y segun que della se desvian son pe- ligrosas. Porque se ha de entender que en esta vida primera, que decimos de labranza, hay dos cosas, ganancia y ocupacion; la ganancia es inocente y natural, como arriba dijimos, y sin agravio ó desgusto ajeno; la ocupacion es loable, necesaria y maestra de toda virtud. La segunda vida, de contratacion, se comunica con esta en lo segundo, porque es tambien vida ocupa- da como ella, y esto es lo bueno que tiene; pero diferénciase en lo primero, que es la ganancia; porque la recoge de las hacien- das ajenas, y las más veces con desgusto de los dueños dellas, y pocas veces sin alguna mezcla de engaño. Y así, cuanto á esto, tiene algo de peligro y es ménos bien reputada. En la tercera y última vida, si miramos á la ganancia, cuasi es lo mismo que la primera; á lo ménos nascen ambas á dos de una misma fuente, que es la la- bor de la tierra, dado que cuando llega á los de la vida que llamamos ociosa, por parte de los mineros por donde pasa, co- bra algunas veces algun mal color del ar- rendamiento y del rentero, y de la des- igualdad que en esto suele haber, pero al fin, por la mayor parte y cuasi siempre es ganancia y renta segura y honrada, y por

esta parte aquesta tercera vida es buena vida; pero si atendemos á la ocupacion, es del todo diferente de la primera, porque aquélla es muy ocupada, y ésta es muy ociosa, y por la misma causa muy ocasio- nada á daños y males gravísimos, de ma- nera que lo perfecto y lo natural en esto de que vamos hablando es el trato de la labranza. Y pudiera yo aquí ahora exten- der la pluma alabándola, mas dejarélo por no olvidar mi propósito, y porque es ne- gocio sentenciado ya por los sabios anti- guos, y que ha pasado en cosa juzgada su sentencia, y tambien porque á los que sa- bemos que Dios puso al hombre en esta vi- da, y no en otra, cuando le crió, y ántes que hubiese pecado, y cuando más le rega- laba y queria, bástanos esto para saber que de todas las maneras de vivir sobredichas, es aquesta la más natural y la mejor. Pues dejado aquesto por cosa asentada, añadi- mos, prosiguiendo adelante, que en todas las cosas que son de un mismo linaje y que comunican en una misma razon, si acon- tece que entre ellas haya grados de perfec- cion diferentès, y que aquello mismo que todas tienen, esté en unas más entero y en otras ménos, la razon pide que la más aven- tajada y perfecta sea como regla y dechado de las demas, que es decir que todas han de mirar á la más aventajada, y avecinarse

más á ella cuanto les fuere posible, y que la que más se le allegare será de mejor suerte. Claro ejemplo tenemos desto en las estrellas y en el sol, los cuales todos son cuerpos llenos de luz, y el sol tiene más que ninguno dellos y es el más lucido y resplandeciente, y así es el que tiene la presidencia en la luz, y á quien todas las cosas lucidas miran y siguen, y de quien cogen sus luces tanto más cada una cuanto se le acerca más. Pues digo ahora que, como entre todas las suertes de vivir de los hombres casados tenga el más alto y perfecto grado de seguridad y bien la labranza, y sea ella, como está concluido, la medida y la regla que han de seguir, y el dechado que han de imitar, y el blanco adonde han de mirar, y á quien se han de hacer vecinas las demas suertes cuanto pudieren, no convenia en ninguna manera que el Espíritu Santo, que pretende poner aquí una que sea como dechado de las casadas, pusiese á una mercadera, mujer de los que viven de contratacion, ó una señora regalada y casada con un ocioso caballero. Porque la una y la otra suerte son suertes imperfectas y ménos buenas, y por la misma causa inútiles, para ser puestas por ejemplo general y por dechado. Si no escogió la mejor suerte, y hizo una pintura de perfecta mujer en ella, y púsola como

delante de los ojos á todas las mujeres, así á las que tienen aquella condicion de vida como á las de diferentes estados, para que fuese comun á todas, á las del mismo estado, para que se ajustasen del todo con ellas, y á las de otra manera, para que se le acercasen é hiciesen semejantes cuanto les fuese posible. Porque, aunque nó sea de todas el lino y la lana, y el huso y la tela, y el velar sobre sus criadas, y el repartirles las tareas y las raciones; pero en todas hay otras cosas que se parecen á éstas y que tienen parentesco con ellas, y en que han de velar y se han de remirar las buenas casadas con el mismo cuidado que aquí se dice. Y á todas, sin que haya en ello excepcion, les está bien y les pertenesce, á cada una en su manera, el no ser perdidas y gastadoras, y el ser hacendosas y acrecentadoras de sus haciendas. Y si el regalo y mal uso de ahora ha persuadido que el descuido y el ocio es parte de nobleza y de grandeza, y si las que se llaman señoras hacen estado de no hacer nada y de descuidarse de todo, y si creen que la granjería y labranza es negocio vil y contrario de lo que es señorío, es bien que se desengañen con la verdad. Porque, si volvemos atras los ojos, y si tendemos la vista por los tiempos pasados, hallaremos que siempre que reinó la virtud, la labranza y

el reino anduvieron hermanados y juntos; y hallarémos que el vivir de la granjería de su hacienda era vida usada, y que les acarrea reputacion á los príncipes y grande señores. Abraham, hombre riquísimo y padre de toda la verdadera nobleza, rompió los campos (1), y David, rey invencible y glorioso, no sólo ántes del reino apascentó las ovejas (2), pero depues de rey, los pechos de que se mantenía eran sus labranzas y sus ganados. Y de los romanos, señores del mundo, sabemos que del arado iban al consulado, que es decir al mando y gobierno de toda la tierra, y volvian del consulado al arado (3). Y si no fuera esta vida de nobles, y no sólo usada y tratada por ellos, sino tambien debida y conveniente á los mismos, nunca el poeta Homero en su poesía, que fué imágen viva de lo que á cada una persona y estado convino, introdujera á Elena, reina noble, que cuando salió á ver á Telémaco asentada en su cadira (4), una doncella suya le pone al lado en un rico canastillo copos de lana ya puestos á punto para hilar, y husadas ya

(1) Genes., cap. 21.

(2) Lib. 1, Reg., cap. 17.

(3) Cic. pro Rose. Amerin. Plin., lib. xvii. Hist. Nat., cap. 5.

(4) Voz antigua y de poco uso en la lengua castellana; significa silla.

hiladas, y la rueca para que hilase (1). Ni en el palacio de Alcino, príncipe de su pueblo riquísimo, de cien damas que tenía en su servicio, hiciera, como hace, hilanderas á las cincuenta (2). Y la tela de Penélope, princesa de Itaca, y su tejer y destejer (3), no la fingiera el juicio de un tan grande poeta, si la tela y el urdir fuera ajeno de las mujeres principales. Y Plutarco escribe (4) que en Roma á todas las mujeres, por mayores que fuesen, cuando se casaban y cuando la llevaba el marido á su casa, á la primera entrada della y como en el umbral, les tenía, como por ceremonia necesaria, puesta una rueca para que lo que primero viesen al entrar de su casa les fuese aviso de aquello en que se habian de emplear en ella siempre. Pero ¿qué es menester traer ejemplos tan pasados y antiguos, y poner delante los ojos lo que, de muy apartado, cuasi se pierde de vista? Sin salir de nuestras casas, dentro de España, y casi en la edad de nuestros abuelos, hallamos claros ejemplos desta virtud, como de la reina católica doña Isabel, princesa bienaventurada, se lee. Y si las que se tienen ahora por tales, y se llaman duquesas

(1) Odys., lib. iv.

(2) Ibid., lib. vii.

(3) Ibid., lib. ii.

(4) In quaest. romanis.

y reinas, no se persuaden bien por razon, hagan experiencia dello por algun breve tiempo, y tomen la rueca y armen los dedos con la aguja y dedal, cercadas de sus damas, y en medio dellas hagan labores ricas con ellas, y engañen algo de la noche con este exercicio; y húrtese al vicioso sueño, para entender en él, y ocupen los pensamientos mozos de sus doncellas en estas haciendas, y hagan que, animadas con el ejemplo de la señora, contiendan todas entre sí, procurando de aventajarse en el ser hacendosas; y cuando por el aderezo ó provision de sus personas y casas no les fuere necesaria aquesta labor (aunque ninguna casa hay tan grande ni tan real, adonde semejantes obras no traigan honra y provecho), pero cuando no para sí, hángalo para remedio y abrigo de cien pobrezas y de mil necesidades ajenas. Así que, traten las duquesas y las reinas el lino y labren la seda, y den tarea á sus damas, y pruébense con ellas en estos oficios, y pongan en estado y honra aquesta virtud; que yo me hago valiente de alcanzar del mundo que las loe, y de sus maridos, los duques y reyes, que las precien por ello y que las estimen; y áun acabaré con ellos que en pago deste cuidado las absuelvan de otros mil importunos y memorables trabajos con que atormentan sus cuerpos y

rostros, y que las excusen y libren del leer en los libros de caballerías, y del traer el soneto y la cancion en el seno, y del billete y del donaire de los recaudos, y del terrero (1) y del sarao, y de otras cien cosas deste jaez, aunque nunca las hagan. Por manera que la buena casada en este artículo de que vamos hablando, de ser hacendosa y casera, ha de ser ó labradora en la forma que dicho es, ó semejante á labradora todo cuanto pudiere. Y porque del ser hacendosa deciamos que era la primera parte ser aprovechada, y que por esta causa Salomon no dijo que el marido le compraba lino á esta mujer, sino que ella lo buscaba y compraba, es de advertir lo que en esto acontece, que algunas, ya que se disponen á ser hacendosas, por faltarles esta parte de aprovechadas, son más caras y más costosas labrando que ántes eran desaprovechadas holgando; porque cuanto hacen y labran ha de venir todo de casa del joyero y del mercader, ó fiado, comprado á mayores precios, y quiere la ventura despues que, habiendo venido mucho del oro y mucha de la seda y aljófar, para todo el artificio y trabajo en un arañuelo (2) de pájaros ó en otra cosa seme-

(1) Lugar ó sitio desde donde cortejan en palacio á las damas.

(2) Red muy delgada con que se cazan avecillas.

jante de aire. Pues á estas tales mándenles sus maridos que descansen y huelguen , ó ellas lo harán sin que se lo manden, porque muy ménos malas son para el sueño que para el trabajo y la vela ; que lo casero y lo hacendoso de una buena mujer, gran parte dello consiste en que ninguna cosa de su casa quede desaprovechada, sino que todo cobre valor, y crezca en sus manos, y que, como sin saber de qué, se haga rica y saque tesoro, á manera de decir, de entre las barreduras de su portal. Y si el descender á cosas menudas no fuera hacer particular esta doctrina, que el Espíritu Santo quiso que fuese general y comun, yo trujera ahora á vuestra merced por toda su casa, y en cada uno de los rincones della le dijera lo que hay de provecho; mas vuestra merced lo sabe bien y lo hace mejor, y las que se aplican á esta virtud, de sí mismas lo entienden; como al revés, las que son perdidas y desaprovechadas, por más que se les diga, nunca lo aprenden. Pero veamos lo que despues de aquesto se sigue.

§ VI.

Declárase qué es ser mujer casera, y del modo que debe acrecentar la hacienda.

Fué como navio de mercader, que de luañe (1) trae su pan (2).

Pan llama la Sagrada Escritura á todo aquello que pertenesce y ayuda á la provision de nuestra vida. Pues compara á esta su casada, Salomon, á un navio de mercader bastecido y rico. En lo cual hermosa y eficazmente da á entender la obra y el provecho desto que tratamos y llamamos casero y hacendoso en la mujer. La nao, lo uno corre la mar por diversas partes, pasa muchos senos, toca en diferentes tierras y provincias, y en cada una dellas coge lo que en ellas hay bueno y barato, y con sólo tomarlo en sí y pasarlo á su tierra, le da mayor precio y dobla y tresdobra la ganancia. De más desto, la riqueza que cabe en una nao y la mercadería que abarca, no es riqueza la que basta á un hombre solo ó á un género de gente particular, sino es provision entera para una ciudad, y para todas las diferencias de gentes que hay en ella trae lienzos y sedas y brocados, y pie-

(1) Voz anticuada: significa léjos ó distante.

(2) Vers. 14.

dras ricas, y obras de oficiales hermosas, y de todo género de bastimento, y de todo gran copia. Pues esto mismo acontece á la mujer casera, que como la nave corre por diversas tierras buscando ganancias, así ella ha de rodear de su casa todos los rincones, y recoger todo lo que pareciere estar perdido en ellos, y convertirlo en utilidad y provecho, y tentar la diligencia de su industria, y como hacer prueba della, así en lo menudo como en lo granado. Y como el que navega á las Indias, de las agujas que lleva y de los alfileres y de otras cosas de aqueste jaez, que acá valen poco y los indios las estiman en mucho, trae rico oro y piedras preciosas; así esta nave que vamos pintando, ha de convertir en riqueza lo que pareciere más desechado, y convertirlo sin parecer que hace algo en ello, sino con tomarlo en la mano y tocarlo, como hace la nave, que sin parecer que se menea, nunca descansa, y cuando los otros duermen navega ella, y acrescencia con sólo mudar el aire el valor de lo que recibe; y así la hacendosa mujer, estando asentada no pára, durmiendo vela, y ociosa trabaja, y cuasi sin sentir cómo ó de qué manera, se hace rica. Visto habrá vuestra merced alguna mujer como ésta, y dentro de su casa debe haber no pequeño ejemplo de aquesta virtud. Pero si no quiere acor-

darse de sí, y quiere ver con cuánta propiedad y verdad es nao la casera, ponga delante los ojos una mujer que rodea su casa, y que de lo que en ella parece perdido hace dinero, y compra lana y lino, y junta con sus criados lo adereza y lo labra, y verá que, estándose sentada con sus mujeres, volteando el huso en la mano, y contando consejas (como la nave, que sin parecer que se muda va navegando, y pasando un día y sucediendo otro, y viniendo las noches y amanesciendo las mañanas, y corriendo, como sin menearse, la obra), se teje la tela y se labra el paño, y se acaban las ricas labores, y cuando ménos pensamos, llenas las velas de prosperidad, entra esta nuestra nave en el puerto y comienza á desplegar sus riquezas, y sale de allí el abrigo para los criados, y el vestido para los hijos, y las galas suyas, y los arrees para su marido, y las camas ricamente labradas, y los atavíos para las paredes y salas, y los labrados hermosos, y el abastecimiento de todas las alhajas de casa, que es un tesoro sin suelo. Y dice Salomon que trae esta nave *de lueñe* (1) pan, porque si vuestra merced cojea el principio desta obra con el fin della, y mide bien los caminos por donde se

(1) De léjos.

viene á este puerto, apénas alcanzará cómo se pudo llegar á él, ni cómo fué posible de tan delgados y apartados principios venirse á hacer despues un caudaloso rio. Mas pasemos á lo que despues desto se sigue.

§ VII.

Pondérase la obligacion de madrugar en las casadas, é se persuade á ello con una hermosa descripcion de las delicias que suele traer consigo la mañana. Avisase tambien que el levantarse temprano de la cama ha de ser para arregar á los criados y proveer á la familia.

Madrugó y repartió á sus gañanes (1) las raciones, la tarea á sus mozas (2).

Es, como habemos dicho, esta casada que pinta aquí y pone por ejemplo de las buenas casadas el Espíritu-Santo, mujer de un hombre de los que viven de labranza. Y la razon por qué pone por dechado á una mujer desta suerte, y no de las otras maneras, tambien está dicha. Pues como en las cosas semejantes la familia que ha de ir á las cosas del campo es menester que madrugue muy de mañana, y porque no vuelve á casa hasta la noche, es menester tambien que lleve con-

(1) Gañan es el pastor que sirve en los ministerios más infimos á los mayores y rabadanes, el cual se llama tambien zagal y hatero.

(2) Vers. 15.

sigo la provision de comida y almuerzo, y que se les reparta á cada uno, así la racion de su mantenimiento como las obras y haciendas en que han de emplear su trabajo aquel dia; pues como esto sea así, dice Salomon que su buena casada no encomendó este cuidado á alguna de sus sirvientas, y se quedó ella regalando con el sueño de la mañana descuidadamente en su cama; sino que se levantó la primera, y que ganó por la mano al lucero, y amanesció ella ántes que el sol, y por sí misma, y no por mano ajena, proveyó á su gente y familia, así en lo que habian de hacer como en lo que habian de comer. En lo cual enseña y manda á las que son desta suerte, que lo hagan así, y á las que son de suertes diferentes, que usen de la misma vela y diligencia. Porque, aunque no tengan gañanes ni obremos que enviar al campo, tienen cada una en su suerte y estado otras cosas que son como éstas, y que tocan al buen gobierno y provision de su casa, ordinario y de cada dia, que las obligan á que despierten y se levanten y pongan en ello su cuidado y sus manos. Y así, con estas palabras dichas y entendidas generalmente, avisa de dos cosas el Espíritu-Santo, y añade como dos nuevos colores de perfeccion y virtud á esta mujer casada que va dibujando.

La una es que sea madrugadora; y la otra que madrugando provea ella luego y por sí misma lo que la órden de su casa pide: que ambas á dos son importantísimas cosas. Y digamos de lo primero. Mucho se engañan los que piensan que mientras ellas, cuya es la casa, y á quien propiamente toca el bien y el mal della, duermen y se descuidan, cuidará y velará la criada, que no le toca y que al fin lo mira todo como ajeno. Porque si el amo duerme, ¿por qué despertará el criado? Y si la señora, que es y ha de ser el ejemplo y la maestra de su familia, y de quien ha de aprender cada una de sus criadas lo que conviene á su oficio, se olvida de todo; por la misma razon, y con mayor razon, los demas serán olvidadizos y dados al sueño. Bien dijo Aristóteles en este mismo propósito (1) que el que no tiene buen dechado no puede ser buen remedador. No podrá el siervo mirar por la casa si ve que el dueño se descuida della. De manera que ha de madrugar la casada para que madrugue su familia. Porque ha de entender que su casa es un cuerpo y que ella es el alma dél, y que como los miembros no se mueven si no son movidos del alma, así sus criadas, si no las menea ella

(1) *De cura rei familiaris*, lib. 1, cap. 6.

y las levanta, y mueve á sus obras, no se sabrán menear. Y cuando las criadas madrugasen por sí, durmiendo su ama y no la teniendo por testigo y por guarda suya, es peor que madruguen, porque entónces la casa, por aquel espacio de tiempo, es como pueblo sin rey y sin ley, y como comunidad sin cabeza; y no se levantan á servir, sino á robar y destruir, y es el propio tiempo para cuando ellas guardan sus hechos. Por donde, como en el castillo que está en frontera ó en el lugar que se teme de los enemigos nunca falta la vela, así en la casa bien gobernada, en tanto que están despiertos los enemigos, que son los criados, siempre ha de velar el señor. Es el que ha de ir al lecho el postrero, y el primero que ha de levantarse del lecho. Y la señora y la casada que esto no hiciere, haga el ánimo ancho á su gran desventura, persuadida y cierta que le han de entrar los enemigos el fuerte, y que un dia sentirá el daño y otro verá el robo, y de continuo el enojo y el mal recaudo y servicio, y que al mal de la hacienda acompañará tambien el mal de la honra. Y como dice Cristo en el Evangelio (1), que mientras el padre de la familia duerme, siembra el enemigo la cizaña; así

(1) *Matth.*, cap. 13, v. 25.

ella con su descuido y sueño meterá la libertad y la deshonestidad por su casa, que abrirá las puertas y falseará las llaves y quebrantará los candados, y penetrará hasta los postreros secretos, corrompiendo á las criadas, y no parando hasta poner su inficion en las hijas: con que la señora que no supo entónces ni quiso por la mañana despedir de los ojos el sueño ni dejar de dormir un poco, lastimada y herida en el corazon, pasará en amargos suspiros muchas noches velando. Mas es trabajoso el madrugar y dañoso para la salud. Cuando fuera así, siendo por otra parte tan provechoso y necesario para el buen gobierno de la casa, y tan debido al oficio de la que se llama señora della, se habia de posponer aquel daño, porque más debe el hombre á su oficio que á su cuerpo, y mayor dolor y enfermedad es traer de continuo su familia desordenada y perdida que padecer un poco, ó en el estómago de flaqueza, ó en la cabeza de pesadumbre; pero al reves, el madrugar es tan saludable, que la razon sola de la salud, aunque no despertára el cuidado y obligacion de la casa, habia de levantar de la cama en amanesciendo á las casadas. Y guarda en esto Dios, como en todo lo demas, la dulzura y suavidad de su sabio gobierno, en que aquello en que nos

obliga es lo mismo que más conviene á nuestra naturaleza y en que recibe por su servicio lo que es nuestro provecho. Así que, no sólo la casa, sino tambien la salud, pide á la buena mujer que madrugue. Porque cierto es que es nuestro cuerpo del metal de los otros cuerpos, y que la órden que guarda la naturaleza para el bien y conservacion de los demas, esa misma es la que conserva y da salud á los hombres. Pues ¿quién no ve que aquella hora despierta el mundo todo junto y que la luz nueva saliendo, abre los ojos de los animales todos, y que si fuese entónces dañoso dejar el sueño, la naturaleza (que en todas las cosas generalmente, y en cada una por sí, esquivo y huye el daño, y sigue y apetece el provecho, ó que, para decir la verdad, es ella eso mismo que á cada una de las cosas conviene y es provechoso) no rompiera tan presto el velo de las tinieblas que nos adormecen, ni sacára por el Oriente los claros rayos del sol, ó si los sacára, no les diera tantas fuerzas para nos despertar? Porque si nos despertase naturalmente la luz, no le cerrarían las ventanas tan diligentemente los que abrazan el sueño. Por manera que la naturaleza, pues nos envía la luz, quiere sin duda que nos despierte. Y pues ella nos despierta, á nuestra salud conviene

que despertemos. Y no contradice á esto el uso de las personas que ahora el mundo llama señores, cuyo principal cuidado es vivir para el descanso y regalo del cuerpo, las cuales guardan la cama hasta las doce del dia. Antes esta verdad, que se toca con las manos, condena aquel vicio, del cual, ya por nuestros pecados ó por sus pecados de ellos mismos, hacen honra y estado, y ponen parte de su grandeza en no guardar-ni áun en esto el concierto que Dios les pone. Castigaba bien una persona, que yo conocí, esta torpeza, y nombrábala con su merecido vocablo. Y aunque es tan vil como lo es el hecho, daráme vuestra merced licencia para que lo ponga aquí, porque es palabra que cuadra. Así que, cuando le decia alguno que era estado en los señores este dormir, solia él responder que se erraba la letra y que por decir establo decian estado. Y ello á la verdad es así, que aquel desconcierto de vida tiene principio y nasce de otro mayor desconcierto, que está en el alma y es causa él tambien y principio de muchos otros desconciertos torpes y feos. Porque la sangre y los demas humores del cuerpo, con el calor del dia y del sueño encendidos demasadamente y dañados, no solamente corrompen la salud, mas tambien aficionan é inficionan el corazon fea-

mente. Y es cosa digna de admiracion que, siendo estos señores en todo lo demas grandes seguidores, ó por mejor decir, grandes esclavos de su deleite, en esto sólo se olvidan dél, y pierden por un vicioso dormir lo más deleitoso de la vida, que es la mañana. Porque entónces la luz, como viene despues de las tinieblas y se halla como despues de haber sido perdida, parece ser otra y hiere el corazon del hombre con una nueva alegría, y la vista del cielo entónces y el colorean de las nubes y el descubrirse el aurora (que no sin causa los poetas (1) la coronan de rosas), y el aparecer la hermosura del sol, es una cosa bellísima. Pues el cantar de las aves, ¿qué duda hay sino que suena entónces más dulcemente, y las flores y las hierbas y el campo, todo despide de sí un tesoro de olor? Y como cuando entra el Rey de nuevo en alguna ciudad se adereza y hermosea toda ella, y los ciudadanos hacen entónces plaza y como alarde de sus mejores riquezas, así los animales y la tierra y el aire, y todos los elementos, á la venida del sol se alegran, y como para recibirle, se hermosean y mejoran y ponen en público cada uno sus bienes. Y como los

(1) Virgil., lib. iv., *Aneid.*, vi. 535, y Garcilaso de la Vega, egl. ii.

curiosos suelen poner cuidado y trabajo por ver semejantes recibimientos, así los hombres concertados y cuerdos, áun por solo el gusto, no han de perder esta fiesta que hace toda la naturaleza al sol por las mañanas; porque no es gusto de un solo sentido, sino general contentamiento de todos; porque la vista se deleita con el nacer de la luz y con la figura del aire y con el variar de las nubes; á los oidos las aves hacen agradable armonía; para el oler, el olor que en aquella sazón el campo y las hierbas despiden de sí es olor suavísimo; pues el fresco del aire de entónces templado con grande deleite el humor calentado con el sueño, y cria salud y lava las tristezas del corazón, y no sé en qué manera le despierta á pensamientos divinos ántes que se ahogue en los negocios del día. Pero si puede tanto con estos hijos de tinieblas el amor dellas, que áun del día hacen noche, y pierden el fruto de la luz con el sueño, y ni el deleite, ni la salud, ni la necesidad y provecho que dicho habemos, son poderosos para los hacer levantar, vuestra merced, que es hija de luz, levántese con ella, y abra la claridad de sus ojos cuando descubriere sus rayos el sol, y con pecho puro levante sus manos limpias al Dador de la luz, ofresciéndole con santas y agradecidas palabras su

corazón, y después de hecho esto, y de haber gozado del gusto del nuevo día, vuelta á las cosas de su casa, entienda en su oficio, que es lo otro que pide en esta letra el Espíritu Santo á la buena casada, como fin á quien se ordenó el primero que habemos dicho del madrugar. Porque no se entiende que si madruga la casada, ha de ser para que, rodeada de hotecillos y arquillas, como hacen algunas, se esté sentada tres horas afilando la ceja y pintando la cara, y negociando con su espejo que mienta y la llame hermosa. Que, demás del grave mal que hay en aqueste artificio postizo, del cual se dirá en su lugar, es no conseguir el fin de su diligencia, y es faltar á su casa por ocuparse en cosas tan excusadas, que fuera ménos mal el dormir. Levántese pues, y levantada, gobierne su gente y mire lo que se ha de proveer y hacer aquel día, y á cada uno de sus criados reparta su oficio; y como en la guerra el capitán, cuando ordena por hileras su escuadra, pone á cada un soldado en su propio lugar y le avisa á cada uno que guarde su puesto, así ella ha de repartir á sus criados sus obras y poner orden en todos, en lo cual se encierran grandes provechos, porque lo uno, hácese lo que conviene con tiempo y con gusto; lo otro, para cuando alguna vez acontece

que, ó la enfermedad ó la ocupacion tiene ausente á la señora, están ya los criados, por el uso, como maestros en todo aquello que deben hacer, y la voz y la órden de su ama, á la cual tienen hechos ya los oídos, aunque no la oigan entónces, les suena en ellos todavía, y la tienen como presente sin vella. Y demas desto, del cuidado del ama aprenden las criadas á ser cuidadosas, y no osan tener en poco aquello en que ven que se emplea la diligencia y el mandamiento de su señora; y como conocen que su vista y provision della se extiende por todo, paréceles, y con razon, que en todo cuanto hacen la tienen como por testigo y presente, y así se animan, no sólo á tratar con fidelidad sus obras y oficios, sino tambien aventajarse señaladamente en ellos. Y así cresce el bien como espuma y se mejora la hacienda, y reina el concierto, y va desterrado el enojo. Y finalmente, la vista y la presencia y la voz y el mando del ama hace á sus mozas, no sólo que le sean provechosas, sino que ellas en sí no se hagan viciosas, lo cual tambien pertenesce á su oficio. Síguese:

§ VIII.

La perfecta casada no solo ha de cuidar de abastecer su casa y conservar lo que el marido adquiere, sino que ha de adelantar tambien la hacienda.

*Vinole al gusto una heredad, y compróla,
y del fruto de sus palmas plantó viña (1).*

Esto no es algun nuevo precepto diferente de los pasados, ni otra virtud más particular que las dichas; sino ántes es tomo una cosa que se consigue y nasce dellas. Porque cierto es que la casada que fuere tan tasada en sus gastos y tan no curiosa por una parte, y por otra tan cásera y veladora y aprovechada, no sólo conservará lo que su marido adquiere, sino tambien ella lo acrescentará por su parte, que es lo que aquí ahora se dice. Porque de tan grande industria y vela, el fruto no puede ser sino grande. Por manera que á los demas títulos que, siguiendo esta doctrina de Dios, habemos dado á la buena mujer, añadimos ahora éste, que sea adelantadora de su hacienda, no como título diferente de los primeros, sino como cosa que se sigue dellos, y que declara la fuerza de los pasados y lo que pueden, y el hasta dónde han de llegar. Y así, decir que compró

(1) Vers. 46.